

# El libro del trimestre

## Jeremy Rifkin: El fin del trabajo. Nuevas tecnologías contra puestos de trabajo. El nacimiento de una nueva era

Editorial Paidós, Barcelona, 1996, 399 páginas

Julia Pérez Ramírez

Miembro del Instituto E. Mounier. Madrid

Jeremy Rifkin es licenciado en Economía y en Relaciones Internacionales y preside una Fundación económica en Washington. Ha escrito más de una docena de libros sobre economía y la relación de ésta con la ciencia, la tecnología, la cultura y el medio ambiente.

A mediados de los años 70 algunas de sus obras promovieron la idea de que los obreros podrían asumir la propiedad y la dirección de las empresas como medio de salvarlas del cierre que querían imponer los empresarios. (Reseñable por el hecho de que se le ocurra a un economista de la influencia de Rifkin, no porque no sea una idea muy vieja en la historia de las ideas político-sociales defendidas por el movimiento obrero).

Sus escritos parece que han pesado en la política gubernamental estadounidense sobre las pensiones y la política pública de la era Clinton.

Ante la situación de desempleo en que nos encontramos el título del libro hace que su lectura sea ineludible. Veamos cual es, a nuestro juicio, el hilo conductor de la obra y qué alternativas nos plantea *El fin del trabajo*.

El desempleo ha alcanzado en el mundo su nivel más elevado desde la gran depresión de 1929. Más de 800 millones de personas están desempleadas o subempleadas.

Ha llegado la tercera revolución industrial y, como consecuencia de ello, la casi completa automatiza-

ción en todos los sectores de la producción, lo que hace casi innecesario el concurso de la mano de obra humana.<sup>1</sup>

Mientras esto ocurre, a los pueblos de todo el mundo se les sigue engañando con la promesa de «mejores tiempos venideros», que llegarán después de los ajustes necesarios, después de que las empresas se hayan hecho más competitivas y fuertes y después de...

Las máquinas inteligentes sustituyen a los seres humanos en todo tipo de tareas. Ello supone «mucho tiempo libre desperdiciado» y genera un mundo más peligroso y muchos problemas –delincuencia, drogas, inseguridad ciudadana– que son muy caros de solucionar. (Este es un argumento que esgrime Rifkin para hacer ver al Estado la escasa rentabilidad de la situación del paro).

El desarrollo tecnológico creciente afecta a todos los países, desarrollados o no, y dentro de los primeros sobre todo sufren sus consecuencias los jóvenes. Afectará por igual, proporcionalmente, a la masa trabajadora, a los puestos intermedios y a los puestos de dirección (es lo que el autor denomina reingeniería empresarial).

El fin del trabajo ha llegado. El ser humano queda liberado de duros esfuerzos y de tareas repetitivas. El valor de la persona, medido durante toda su historia por el rendimiento que produce su trabajo, tendrá que variar.

Esta revolución podrá significar un menor número de horas de trabajo y mayores beneficios para millones de personas que podrán adquirir una mayor libertad para llevar a cabo otras actividades.

Pero no se piense que esto tiene algo que ver con el reparto del trabajo. Para Rifkin éste no solucionará el problema del paro. La semana laboral más corta ha de ir acompañada de otras medidas que sean capaces de generar empleo para los millones de trabajadores cuyo trabajo no es necesario. De no ser así, dice Rifkin, «veremos a las clases más pobres y peor preparadas sumidas en el desempleo, la asistencia social y sin función social alguna». (¿Sin valor alguno como persona, entonces?).

«El hecho de que nos espere un futuro de utopías o de realidades depende de cómo queden distribuidas las ganancias de productividad durante la era de la información» (p. 34). Por ahora no sabemos como están siendo distribuidas, el capital sigue necesitando el «ejército industrial de reserva» del que echar mano pudiendo recambiarlos o despedirlos según convenga y baratito, y si no vease en nuestro país el «nuevo contrato indefinido». Gran concesión nominal que encubre un contrato que se puede rescindir cuando se quiera, por poco dinero, y con ventajas fiscales que el gobierno regala a la patronal.

Mientras el capital, las multinacionales, se va haciendo cada vez

## Afrontar el paro

más poderoso, va dominando la economía y a los gobiernos de todo el mundo. Va llevando sus empresas donde la mano de obra le resulta más barata dejando en el paro a miles y millones de obreros, hoy aquí y mañana allí. Va financiando guerras y desastres para mejor controlar sus intereses económicos y de poder. (Véase la situación de África en general o del nuevo Congo en particular). Las personas mueren, sufren o protestan, pero cuando la protesta adquiere envergadura suficiente la «era de la información» impone el silencio como mejor arma para destruirla.

«Los gobiernos tienden a desaparecer, las empresas transnacionales usurpan su papel y ejercerán un control sin precedentes sobre los recursos mundiales, los trabajadores, y los mercados» (p. 278).

La vieja idea del «contrato social», establecido entre ciudadanos y Estado desaparecerá, ya que éste no es capaz de garantizar las necesidades fundamentales de todas las personas.

Es necesario un programa que solucione el problema de la escasez de trabajo ¿Cuál es, según Rifkin?: «Solamente queda la opción de empezar a cuidarse por sí mismos mediante el restablecimiento de comunidades» (p. 279).

Las comunidades de las que habla el autor formarían lo que él denomina el tercer sector,<sup>2</sup> o sector de voluntarios dedicados a servicios sociales, asistencia sanitaria a domicilio (sobre todo dirigido a ancianos), construcción de casas de

renta baja, cuestiones medioambientales, y un largo etcétera. Este voluntariado provendría de los barrios con problemas de paro o del exterior, de donde también podrían llegar personas con los mismos problemas. La contrapartida a todo este trabajo social sería distinta para los que no tuvieran trabajo que para los que si lo tuvieran. Los primeros recibirían un salario social, y los segundos una reducción en sus impuestos. La meta es llegar a un ingreso anual garantizado para todas las personas, a cambio de sus servicios en el tercer sector.

El desarrollo del tercer sector ayudará a su vez a construir comunidades autosuficientes por todo el país. Estas comunidades serán incubadoras de nuevas ideas y focos de denuncia de los problemas sociales. «El reto a la comunidad empresarial para una distribución más justa de las ganancias en la productividad requerirá un nuevo movimiento político transcultural basado en la integración de diferentes comunidades con los mismos intereses» (p. 275).

¿Y cómo se financia el tercer sector?

La respuesta nos deja un poco perplejos. Ese Estado (que tendría que desaparecer) tiene que recortar sus presupuestos en defensa, tiene que obligar a las multinacionales a contribuir proporcionalmente a sus ganancias, tiene que crear nuevos impuestos (p. 315), etc. Es decir, por la buena voluntad del Estado, los empresarios y las multinacionales, sería posible financiar el programa sobre el tercer sector. Después de haber puesto el dedo en la llaga al analizar la realidad del empleo, la solución depende del «egoísmo altruista» del capital.

Rifkin hace un estupendo análisis de las causas del paro, una rápida visión sobre la historia del mercado de trabajo y del consumo (véase el segundo capítulo de la primera parte) y al final nos da una solución dentro del sistema, como era de esperar. Su única esperanza, que no aclara de donde viene ni ante qué enemigos tendrá que enfrentarse es que las comunidades ciudadanas, sin una ideología detrás, vayan siendo focos de cambio y pequeños ámbitos de justicia.

## Notas

1. Hace al menos otros diez años que otro economista, Alvin Toffler, cuyos análisis difieren de los de Rifkin, había planteado ya este tema en sus escritos sobre «la tercera ola» (*La Tercera Ola*. Barcelona. 1980).
2. Después de las últimas elecciones francesas, tras la victoria de Jospin, la ministra de trabajo, Aubry, está poniendo en marcha precisamente un inicio de este tercer sector con el nombre de «nuevos empleos».